



MANUEL PEREDO.



## EL DOCTOR PEREDO

**S**i el cartabon que señala la estatura de los granaderos fuera el punto de partida para escoger á los poetas, de seguro que Fergusson y Pancho Vera serian como Homero y Virgilio y el Dr. D. Manuel Peredo, á quien por antonomasia llama el vulgo Peredito, seria cuando más evangelista, no de los cuatro de la Sagrada Escritura, sino de aquellos que inspirándose al aire libre, ocupan el último peldaño de esa escalera en cuya más elevada meseta pasean el Dante y el Petrarca, y Quintana y Píndaro; pero en cuyos descansos asoman de cuando en cuando cabezas conocidas que nos hacen exclamar unas veces ¡¡¡Juan Mateos!!!! otras ¡¡¡Terrazas!!!! otras ¡¡¡Justo Sierra!!!! y otras ¡¡¡Sixto Casillas!!!!

En el camino del Parnaso no hay que ofenderse por

la compañía, sino recordar aquello de nuestro malogrado Rodriguez Galvan:

A caballo y con arnés  
Unos, ó en coche magnífico,  
Otros en asno pacífico,  
Y los más en cuatro piés.

En tan angosta vereda  
Mezclados van pobre y rico;  
Si el grande atropella al chico,  
Atropellado se queda.

Pues el Dr. Peredo es chico de cuerpo, lo cual no es afrenta, ántes economía, que en buena ley ménos género debe de gastar él en una capa que D. Vicente Manero en un chaleco, y como último recurso en alguna de esas inundaciones de que dicen que dicen los sabios está amagado México, no sería difícil que nuestro querido doctor pudiera salvarse *viento en popa á toda vela* en una pantufla de D. Pomposo Verdugo.

Pero la gloria no es sólo de los hombres de gigantesca corpulencia, que si Basilio el Macedonio debió á su elevada estatura y á su prodigiosa fuerza muscular el imperio de Constantinopla, Juan Zimicés cuya *talla*, como diría Joaquin Alcalde ú otro amigo de D. Pancho Gomez del Palacio y de Manuel M. de Zamacona (¡los hombres de la talla!), era poco más ó ménos la del Dr. Peredo, tambien se arropó en la púrpura de Constantino, y llena está la historia del Bajo Imperio de glorio-

sísimos recuerdos de ese *chaparro* como le diría Vallarta.

Alejandro el Grande, que de seguro no llegaria al nacimiento del pelo al general Santibañez, segun he podido inferir de lo que dice Quinto Curcio, con un puñado de macedonios causó más terror en la India, que el que causan á los indios de México los empleados del Municipio que van á cobrar la contribucion *del viento*, gabela que entre paréntesis fué inventada allá en el año de 550 por el emperador Justiniano, el mismo del Código y del Digesto, y á quien es fama que le reza todas las noches una estacion el apreciable romanista D. Ezequiel Montes.

Pues y los dos Napoleones, el de Waterloo y el de Sedan, ¿acaso podrian calzarse unas botas fuertes de Loaeza ó de Antillon?

Hasta Atila, segun nos cuenta Prisco, era un chaparron fornido y rubio, y aunque no con líneas tan suaves, ni con maneras tan corteses, ni con palabras tan dulces, pero así como el Lic. Inda, sin aquello de andar dormido en la calle ni otras pequeñeces.

Dionisio el *exíguo*, que tanto influyó con sus cálculos en la cronología eclesiástica, pequeño debió ser para que hasta hoy le llamemos el *exíguo*. ¿Y Pedro el ermitaño? Armó á la Europa contra la Asia, y no paró hasta coronar en Jerusalem á Godofredo de Bouillon, y esto teniendo él una estatura cuando más alta como la del Ministro Mariscal, y una robustez que nada tenia que envidiar á la del ingenioso hidalgo de la Mancha.

¡Oh, qué reminiscencias históricas tan halagüeñas y tan estimulantes para hombres de la *talla* de Félix Romero y Joaquin Alcalde! ¡Y cómo se han de estar chupando los dedos al considerar que les vendría como anillo en el dedo, ya que no como pedrada en ojo de boticario, la coraza de Alejandro Magno, el redingote gris de Napoleón I, ó el manto de púrpura de Juan Zimicés! De seguro que al leer este artículo se van á soñar en Babilonia, en las Pirámides ó en Constantinopla; pero sólo á Malanco ha cabido tal gloria en compañía de Chucho Cuevas.

Peredo ha sido parco en crecimiento. Spencer dice, en sus «Principios de Biología:» «El crecimiento depende, *caeteris paribus*, de la cantidad disponible de materia asimilable.» El pobre doctor no debió encontrar «disponible mucha materia asimilable;» ó quizá, conforme á otro principio biológico que asienta «que la cantidad de nutrición no debe pasar de la aptitud de asimilar,» se encontró con la materia disponible pero sin la facultad suficiente para asimilar la necesaria; lo cierto es que nuestro doctor no creció; en cambio es individuo correspondiente de la Real Academia española, honor muy merecido, y váyase lo uno por lo otro.

Peredito es un literato que guarda el dulce sabor de la fraseología de los tiempos de Reyes Veramendi y de D. Anastasio Bustamante, sobre todo en la conversacion familiar; esto da á sus producciones un temple cervantes-

co, como diría Menendez Pelayo, y estas reminiscencias de las que puede decirse:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!

¡Dulces y alegres cuando Dios quería!

como dijo Garcilaso, imitando el

*Dulces exuviae, dum fata Deusque sinebant*

de Virgilio, son siempre muy agradables. Por ejemplo, las *chinas mexicanas* ya no existen sino en los versos de Guillermo Prieto y en las litografías de cuadros nacionales que se hacen en la casa de Debray; y sin embargo, á todos nos gusta recordar el tipo de la china.

Peredito (usando de su lenguaje) es lo que se puede llamar un terron de amores; jamás se disgusta, y siempre, en medio de su mayor entusiasmo, abre los brazos, echa la cabeza para atrás, mueve violentamente las narices, parpadea con rapidez, contrae la boca, y encorva el cuerpo como buscando el equilibrio de las gafas que cabalgan sobre su nariz inquisitorial.

Tiene el doctor mucha gracia para sus versos humorísticos y mucha sal para su conversacion. Cuando él lee sus poesías, se siente uno verdaderamente encantado; si el buen lector, como decían los maestros de las antiguas escuelas, es el que da más sentido á lo que lee, Peredito no tiene rival, porque posee un caudal inagotable de gestos y movimientos complementarios, como dicen los fisi-

cos hablando de los colores, que llegan á hacer que se adivine el verso por la accion, ó la accion por el verso.

Otra virtud distingue á Peredito, y es su modestia; con lo que él ha escrito y con lo que pueda escribir andarian otros más orgullosos que regidor nuevo ó que candidato oficial para diputado.

Peredo se eclipsa; hay necesidad algunas veces para encontrarle, de echar mano de esas varitas encantadas que en las haciendas y en los pueblos del campo guardan algunos rancheros que tienen ribetes de mágicos para buscar tesoros escondidos.

¿Quién sabe dónde se mete el Dr. Peredo? Casi, casi, estoy por declarar que existe en estado latente, y sin embargo, si hay una reunion literaria ó si se representa en el teatro algun drama de importancia, Peredito aparece como una evocacion; todos los literatos le abrazan, y de seguro que él no responde una palabra cuando le dicen, como á las ánimas en pena: «de parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida ó de la otra.»

El teatro es la gran pasion de Peredo; él ha hecho juicios críticos de las comedias; es quizás el más asíduo de los concurrentes á la primera fila de butacas; ha dado cátedras de declamacion; ha escrito comedias de costumbres y dramas; ha representado con los aficionados; el último cuartel general que se le conoce es una botica que está frente al más viejo de nuestros coliseos, y no le falta ya, en materia de teatro, más que ser foro, bastidor ó bambalina.

Como pruebas de su aficion al teatro, Peredo las ha dado más palpitantes que los mártires en las arenas del Circo; quien aguanta en el año de 1882 el Sancho García de Zorrilla, ya tiene para reir de los ratos de mal humor de Neron y de Domiciano.

Quien escucha al Conde de Castilla decir:

¡Silencio! en fin al cuerpo demos  
El nutrimento necesario y justo  
Los que muy pronto pelear debemos.  
Sancho, sírvenos ya que lo tenemos,  
Si es de mi madre voluntad y gusto,

y no tiene voluntad y gusto para irse á la cama, es un héroe tan grande como Leónidas, á quien todos los autores de la antigüedad declaran muerto en las Termópilas, y sólo al mismo famoso Zorrilla, autor de Don Sancho García, se le ocurrió matarlo en otra parte, diciendo en una composicion intitulada «La Gloria:»

Por tí una noche con aliento extinto  
Tumba Leonides demandó á Platea;

aunque puede ser que este Leonides de quien habla Zorrilla, fuera el Lic. Leonides Torres, y Platea fuera alguna de las plateas del Nacional, que en vez de tumba demandan al buen D. Fernando Batres aseo y abonados.

¡Qué cosas de Zorrilla!

¿Acaso se puede olvidar cómo puso á los mexicanos cuando volvió á su patria? Ya se ve, ¿qué podia espe-

rarse de un hombre que cantando no sabemos á qué, ha dicho lo siguiente:

Entre sus ondas  
De orlas redondas  
De notas hondas  
Cuyo hondo son,  
Es de la espuma  
Burbujadora  
Que la devora  
La ebullicion.

Esto sólo se puede ver como él dice, con

Los desiertos sin luz cóncavos ojos;

verso que no entenderian todos los averroistas de Córdoba que se pelaban las barbas por interpretar á Aristóteles, ni todos los teólogos que se quedaron calvos á fuerza de dilucidar el *si procede ó no procede*.

El día ménos pensado, abusando de la magnanimidad de Peredito, pone en escena D. Perico Delgado *La Creacion y el Diluvio Universal* del citado Zorrilla, que tiene todo el corte de las pastorelas del Pensador, y donde se presentan como personajes: Luzbel, la Tentacion, San Miguel, San Gabriel, Adan, y Eva que no habla, única novedad del autor, y donde hay versos de este chisgo, dignos de una novena de Santa Rita, abogada de imposibles:

Orad á Dios que os hace  
Progenitores de un mundo,

Orad, y Dios que os infunde  
Su fe tan inalterable,  
Con su antorcha hasta el sepulcro  
Os alumbre y acompañe.

Con los cuales cierra la comedia, el público aplaude,  
pide al autor, y como dice Breton:

Tabló. Dáse la batalla  
Entre el granizo y los truenos;  
Desmáyase Doña Elvira;  
El prior canta el Te Deum;  
La fragata se va á pique;  
La bruja baila el jaleo;  
Arde la ciudad, y baja  
El telon.



